

mental y algo incrédulo. Se avergonzaba de hablar con el pasaje femenino y tenía una enorme memoria administrativa y un sistema de control más perfecto que el de Atomic-town. Había saltado, sin tocar baranda, desde un bacaladero a un barco de pasaje.

—¿Qué piensas hacer en Gijón? —me preguntó Hidalgo.

—¿Yo en Gijón? Si lo que no pienso es tirarme al agua...

Entonces me enteré de que llevábamos dos polizones, y no me extrañó ni un pelo, porque en Bilbao yo supe, al menos, de dos respetables personas que estaban empeñadas en hacer el viaje por el mismo sistema. Resulta que por la mañana —martes y 13, lagarto—, un marinero bajó a la bodega del cuatro a guardar los cabos de amarre. Los guardó, porque esa era su obligación, pero su obligación también era la de dar parte al capitán de la presencia de los dos aventureros. Eran dos muchachos de esos que trabajan en todos los puertos, de un modo preferente en las tareas ligadas a la cocina. Creyeron haber encontrado su oportunidad de «hacer la América», y la suerte no les sonrió, aunque esto no les preocupaba demasiado. Estaban ya pelando patatas y, por lo visto, las chicas no hacían otra cosa que charlar con ellos. Los polizones siempre tienen un áurea legendaria.

El bueno de «Pastas» les contaba cómo un poco antes de llegar a Canarias —«cuando el *Albertia*, ¡eh!»— descubrieron un alemán escondido en un bote; mejor dicho, el hambre le impulsó a descubrirse. Un ligero temporal descabalo sus cálculos de intendencia, y el retraso en tocar Santa Cruz lo sacó de su escondrijo. Lo dejaron en Tenerife. Y cuando ya la proa del barco había enfilado sin remedio la ruta de Buenos Aires, apare-

ció otro pelizón, esta vez francés. Peló patatas, pero desembarcó en Argentina.

El «capi» estaba dado a todos los diablos. Tronaba.

—Estos nos retrasan, nos hacen perder tiempo. No quiero ni verlos.

El «capi» cumplía con su obligación, pero, en el fondo, rebotaba ternura hacia los dos aventureros adolescentes. Don Gabriel Libano no es eso que suele llamarse un hombre duro. No ha sido capitán de la *Bounty*. Tiene la cara roja, algo congestionada, y el pelo blanco; los ojos, chiquitos y rientes. Le gusta tocar el piano y cantar zorzikos y boleros. De «Maite» pasa a «La mer» como de su camarote al puente. Compone música, le hace la letra y escribe cartas y versos con tintas de colores. Colecciona fotos. Navegó a vela en el *Amabegoñak*, buque escuela de la Naviera Aznar, allá por 1893. Dió la vuelta al mundo y enamoró a una princesa en los mares del Sur, nada menos que en Samoa. La princesa quería que el cadete de pelo blanco y manos ágiles se quedase para siempre con ella.

—Yo creo —suele decir el «capi»— que como tenía un piano de cola y en toda la isla nadie sabía tocarlo...

Pero la malicia de los ojillos desmiente tan oficiosa versión. Tiene fácil la lágrima, fácil la risa, fácil —también— el enojo, aunque todo se va en pura pirotecnia, y su acento vasco contribuye a infantilizarle. Adora el buen vino, y como le gusta mucho el vermut con ginebra, carga todos los días una buena dosis sobre la que el médico le señaló de cierta pócima que guarnece su corazón. Pequeño y casi redondo, tiene buen humor, come de régimen y fuma mucho.

—Ya he avisado a la Comandancia de Gi-